

cuales llegan envueltos hasta el trono de Dios los méritos de los santos, las oraciones de los creyentes y los méritos de todos los justos derramados sobre la tierra.

Sólo este pensamiento podría encender nuestro espíritu y renovarlo para frecuentar dignamente, según la expresión litúrgica, el gran misterio de la vida cristiana, para oír la Misa y asistir a ella con el fervor, con el amor, con la emoción religiosa, con la generosidad sin reserva que hubiéramos sentido de haber tenido la dicha de acompañar a Cristo en su peregrinación por la tierra. Se explica que haya hombres que no van a Misa y se quedan tan tranquilos. Sin duda no tienen fe, aunque se llamen cristianos. Lo que es difícil de explicar es que se vaya a Misa y que se vaya por rutina o por cumplimiento, y todavía es más absurdo que haya personas realmente piadosas que van a Misa y luego se olvidan de oír Misa, entreteniéndose en toda suerte de rezos, que sin duda les parecen más importantes. Aludiendo a este fenómeno, escribía yo hace años, y lo repito ahora, porque hubo quienes se extrañaron de ello: «La gran devoción ha sido suplantada por las devociones; la «acción» por excelencia, sepultada entre montones de palabras. Ni las gentes que más frecuentan la iglesia oyen Misa; cumplirán con el precepto, si es día de guardar, pero en realidad no oyen Misa ni sacan de ella el debido provecho. A veces ni siquiera se la dejan oír. Se da el caso extraño del púlpito haciendo la guerra al altar. Un sacerdote dice la Misa, y como si esto fuera algo horrendo, otro se esfuerza por acaparar la atención del público, chillando más o menos elocuentemente, ensartando imágenes, metáforas y flores retóricas, tratando de convencer a los fieles de que no hay santo más milagroso que San Expedito, o contando alguna historia edificante más o menos auténtica. Es como si San Juan, cuando su Maestro moría en el Calvario, se hubiese puesto a explicar cómo a Jonás pudo tragarle la ballena, para después salir vivo de ella.»

Afortunadamente, el movimiento litúrgico, impulsado por los Pontífices y dirigido por una pléyade de expositores infatigables, ha abierto los ojos en muchas almas y colocado a muchos cristianos en el camino de la verdadera piedad. Durante estos últimos años han sido numerosos los fieles que han comprendido esa gran idea de su participación en el sacrificio, y a eso ha contribuido el Misal, considerado ya en muchos hogares como el mejor devocionario, como la ayuda indispensable de la vida espiritual; pero aún así, conviene insistir, pues no faltan todavía quienes, mientras sacerdote y el ayudante comienzan al pie del altar un diálogo emocionante, lleno de significación y dramatismo; mientras San Pablo se esfuerza por levantarles a las alturas del misterio de Cristo; mientras la Iglesia les ofrece el ósculo de paz, o mientras el pan deja de ser pan para convertirse en sustancia de Dios, pareciéndoles que todo aquello es algo sin importancia o que nada tiene que ver con ellos, buscan cualquier entretenimiento piadoso para pasar distraidamente o «provechosamente» la media hora que deben estar en la iglesia. Y les veréis, a los más, pasear la mirada por la bóveda o dirigirla hacia la concurrencia con evidentes señales de impaciencia o de aburrimiento; a los con una clara preocupación de no perder lastimosamente el tiempo, deslizar nerviosamente los dedos por las cuentas del rosario, o entregarse a algún ejercicio de devoción muy digno de respeto, como sería hacer la novena de un santo, o bien exhalar blandos suspiros leyendo algún devocionario acaramelado y vacío. Y el sacerdote, entre tanto, avanza en el rito del sacrificio, pronuncia fórmulas sagradas, en las que se mezclan fragmentos de discursos del Señor; dirige la palabra a los asistentes, lee para ellos las exhortaciones del Apóstol y el relato de los milagros de Cristo, y sólo una voz le responde, la voz inocente, pero también inconsciente, del monaguillo.

En realidad, esto podrá ser asistir a Misa,